

Prof. Purificación Prieto
pmprieto@gmail.com
Escuela de Psicología, Universidad Central de Venezuela

Profesor Eduardo Santoro, es un honor para mí estar con usted y espero en este espacio poder dialogar sobre los muchos desencuentros que tuvimos hace unos dos o tres años cuando revisábamos la estructura organizativa de la Escuela de Psicología, que es un producto directo del Instituto de Psicología. Estábamos de alguna manera enfrentándonos a una situación de franco cambio y franca modificación, lamentablemente, no como producto de un momento reflexivo sino de la crisis o época de cambios impuestos que nos acompañan.

La Escuela de Psicología, en algún momento histórico estuvo constituida por una planta profesoral en la que abundaban las dedicaciones exclusivas y los tiempo completo, esto les permitía a los profesores hacer vida universitaria, investigar y cumplir con labores de extensión. Actualmente tiene una planta profesoral disminuida no solo en número de profesores sino también en la dedicación que estos profesores pueden tener a la institución, la mayor dedicación es medio tiempo, profesores que con apenas 20 horas de actividad universitaria deben cubrir las expectativas institucionales de los cargos con mayor dedicación, con frecuencia la tarea primordial y única es la docencia, marginando la extensión como servicio a la comunidad y la investigación como generadora de conocimientos.

Al escuchar la historia de cada una de las dependencias de nuestra Facultad y los diálogos de los protagonistas de las mismas, no puedo menos que preocuparme por las altísimas expectativas de las generaciones profesorales pasadas y las pocas perspectivas de respuesta de las generaciones presentes, sumado al conjunto de demandas institucionales y a la ausencia de una planificación coherente en cuanto a políticas académicas sólidas, a la generación de propuestas curriculares cónsonas y hasta a las dificultades en el cumplimiento de los criterios mínimos de ejercicio universitario más allá de la docencia acrítica en algunos casos marcada por la ausencia de contrastación y el aprendizaje parcializado de los estudiantes. Es una carrera contra el reloj, preocupa no solo el futuro sino la pérdida del horizonte como punto de llegada.

En el momento en que nos propusimos, como parte de mi gestión como Directora de la Escuela de Psicología (2005-2008), el cambio curricular, específicamente en el año 2007, la Comisión de Currículo de la Escuela, conformada en ese momento por la Lic. María de la E. García (Coordinadora de la UAPA), el Prof. Tomás Palacios y Coordinada por la Prof^a Gisela Guanchez, diseñó una propuesta de cambio, que pretendía responder a las necesidades del país, incorporar los elementos de la psicología como gremio, los avances como ciencia y la estructura como disciplina, confiábamos en la comunión de opiniones y en el desarrollo de un programa de estudios renovado, sin embargo, la parálisis nos embargó, cuando después de un conjunto de actividades exitosas todas, no fue posible concretar la consulta en el ámbito de los estudiantes. Las dudas se centraban en elementos que se resumían en “quién proponía”, “qué proponía”, “quién consultaba” y “cómo se consultaría”, llego entonces el aparente fin del proceso. Profesores jubilados opinaron al respecto y sugirieron respuestas a las interrogantes, pero ante la solicitud de un trabajo en conjunto la negativa fue la respuesta, bajo el argumento de la asesoría como única tarea deseable en quienes aman la institución pero que quieren dar paso a las generaciones nuevas, y aún más lejanos pero no menos importantes los personajes nefastos que se oponen a ultranza a cualquier propuesta nada más que para llevar la contraria. Me atrevo a especular que no era la falta de compromiso, ni el temor a la tarea, ni la oposición a todo sino la resistencia al cambio y el temor a la novedad solapados en una eterna etapa de análisis y discusión que no pretende dejar paso a la acción.

Por otra parte, no hay propuesta de cambio que se soporte si no tenemos recursos y los recursos con los que contábamos y con los que contamos actualmente en cuanto a planta profesoral e infraestructura están mermados. Para concretar las ideas, para lograr el accionar y para ejecutar debemos comenzar por cubrir las necesidades básicas de reposición de cargos, de dotación de equipos y ampliación de espacios. El crecimiento vegetativo de la matrícula estudiantil de la escuela devora y demanda todos los recursos para suplir y atajar los baches que de semestre a semestre aparecen en la planta profesoral. La prioridad es dotar de profesores a las numerosas secciones de cursos por materias, emulando la producción de masa de la era industrial, generando un producto de mercado que en apariencia, y espero que no de hecho, es cada vez más obsoleto y descontextualizado.

Recuerdo las discusiones con el Prof. Santoro como representante de la historia viva del pensum, como vocero de las múltiples discusiones que acompañaron a su construcción, como defensor de una estructura que, en ausencia de otra vigente y actual, debe hipertrofiarse y dejar de ser fiel a sus orígenes y principios para responder de forma rápida, según sus alcances, a unos propósitos para los que no fue pensada. No se pensó para responder a una masificación, se pensó para una construcción de la profesión sobre las necesidades de un país de la época, con ausencia de estudios de cuarto nivel y la generación de conocimientos y teorías que le dieran solidez a la incipiente disciplina, que buscaba un lugar y se media con estándares internacionales.

Actualmente, hay opciones de formación en cuarto nivel, y por un breve tiempo nos medimos y estuvimos cónsonos con los estándares internacionales pero ese tiempo llegó a su fin y no porque lo decidió la disciplina o la ciencia o la profesión, es que olvidamos la generación de mecanismos de auto sustentación, de autonomía económica y constantemente estamos al ritmo del menudeo presupuestario de la Universidad, de la Facultad y por supuesto del país. Con esa mirada de la historia en el presente y con el compromiso hacia el futuro, creamos un campo minado que nos obliga a permanecer estáticos para evitar el fracaso, es innegable decir que cuando tratamos de reformular y estructurar no es sobre la base de un criterio filosófico o académico, es sobre la base de una realidad económica que nos apremia. Necesitamos de alguna manera reencontrarnos y fortalecernos en la historia y con la historia para poder mirar el futuro desde una realidad presente, con una óptica actual, no con los cristales del pasado.

La formación de nuestros estudiantes hoy por hoy descansa en lo que históricamente fue sólidamente construido pero que es muy complejo de mantener cuando lo que define el panorama es la ausencia de recursos y la ausencia de posibilidades de conectarnos a nivel internacional, el acceso a las bases de datos, a las revistas y a las publicaciones es limitado por el recorte presupuestario, tenemos profesores que están sometidos a un sinnúmero de situaciones que escapan del contexto académico pero que es necesario tomar en cuenta a la hora de estructurar, reformular o modificar, la mayoría comparten su dedicación a la universidad con trabajos foráneos porque no hay forma de sobrevivir con los sueldos universitarios, por otra parte los desencuentros constantes agotan la capacidad de respuesta, estamos en un momento donde nuestros estudiantes y egresados necesitan fortalecer

su sentido de pertenencia al país y responder desde su formación a las necesidades del mismo, donde los profesores debemos dar respuesta desde la docencia y la investigación a la capacitación y a la generación de nuevos productos por medio de la actualización de los contenidos, pareciera que la opción es mantener lo que tenemos, a pesar de lo asincrónico de los proyectos y además garantizar la supervivencia institucional. Quizás debemos detenernos y aceptar que *sobrevivir* en este momento es sinónimo de avanzar y que este encuentro con la historia ratifica el sentido de pertenencia y dignifica nuestro accionar.

Muchísimas gracias.